

He concluído: he intercalado como deseaba mi viaje á Cambodge entre los dos itinerarios. Si á nadie le sirviesen, á mí al menos me ayudarán á recordar todas las etapas de este delicioso viaje, que me pareció muy corto.

FIN DE LAS QUINIENTAS MUJERES PARA UN HOMBRE SOLO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
No. 1625 MONTERREY, MEX

## LA PALOMA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE BREVES LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTECERRAT, MEXICO

I

Ocurría esto en la aldea de Morelles, una tarde de Enero, á eso de las cinco, en la cocina de la posada de Juan Clavé, tabernero y cosechero. Clavé, que acababa de llegar de la viña, se calentaba junto al hogar, con cara seria y gesto avinagrado, mientras su mujer preparaba la cena, y su hija Arsenia, hermosa morena de dieciocho años, ponía la mesa. Marcháronse al aproximarse la noche cuatro ganapanes que jugaban al billar en la habitación de al lado, quedóse sola la familia, y suscitóse una disputa relativa á los adoradores de Arsenia, y particularmente á cierto Vicente Minaut, con quien, por lo visto, se comprometía ella.

—No se habla de otra cosa, dijo Clavé, y

tiempo es ya de que esto acabe. Te prohibo que vuelvas á hablarle.

—No viene aquí jamás, ni aun los domingos, con los demás jóvenes.

—Porque le puse un día á la puerta de la calle, y se acuerda de ello. Pero otros sitios hay: en el baile, donde solo danza con él, y en la tertulia de la Vinette, donde está siempre pegado á tu silla y hablándote al oído.

—Pero, querido, estoy allí yo, dijo la señora Clavé.

—Sí, ¡buena garantía! Ya sabemos tus complacencias. Cuando las mujeres no coquetean por su cuenta, su mayor placer es ver cómo coquetean sus hijas.

—Después de todo, exclamó Arsenia, ¿qué es lo que tienes que censurar á Vicente?

—Pues le censuro... que su padre está arruinado. No me acomoda, ¿lo entiendes? que mis bienes sirvan para pagar las deudas de los Minaut. Pero no, no ha de ser así.

En aquel momento llamaron á la puerta, y cesó la cuestión.

—Adelante, gritó Clavé.

Abrióse la puerta, y entró un hombre de unos sesenta años, en traje de caza, escoltado por dos galgos corredores, tan enlodados como él.

—¡Ah!, es M. Pié-Rondal! exclamó Clavé levantándose y llevándose respetuosamente la mano al gorro.

—El mismo, amigo, dijo el recién llegado, y vengo á pedir os cena y cama para esta noche.

Y al decir esto, se desembarazaba de los arreos de caza, apartaba con el pie á los perros y presentaba al fuego su plácido rostro adornado con patillas que empezaban á encanecer.

M. Pié-Rondal era un honrado abogado inscrito desde hacía cuarenta años en el colegio de su pueblo natal, que, contando con un regular patrimonio, y siendo célibe por sistema, había abandonado poco á poco los negocios para entregarse exclusivamente á sus aficiones dominantes: la caza y la arqueología. La primera de estas pasiones le había hecho recorrer durante todo el día un bosque que poseía en las cercanías. La segunda, la arqueología, le llevaba á aquel pueblo y á aquella posada.

La señora Clavé añadió á la cena preparada unas lonjas de jamón y una tortilla, y se ofreció á servir aparte, en su habitación, á M. Pié-Rondal; pero éste prefirió comer en familia, porque, según dijo, quería que Clavé le diese ciertas noticias.

En efecto, en cuanto estuvieron á la mesa, se informó de si había en el pueblo una familia apellidada Minaut. Al oír este nombre, que recordaba la reciente disputa, Arsenia y su madre se pusieron coloradas y Clavé frunció sus espesas cejas.

—Ciertamente, respondió, hay Minauts aquí, y maldita la falta que hacían.

—¡Ah! ¿Andais enredado con ellos?

—Casi, casi. En fin, mañana podréis ver, si gustais, á Félix Minaut y á Vicente, su hijo.

—¿No hay más en el país?

—No... y es muy bastante.

—Indudablemente es muy bastante, dijo sonriendo M. Pié-Rondal, si, como supongo, son descendientes de los sobrinos del cura Minaut, vicario de San Eusebio, que emigró durante la revolución... porque ya sabréis que el cura Minaut era originario de Morelles.

—Lo ignoraba en absoluto.

—Vamos al caso, porque eso se remonta á lejanos tiempos. Sí, continuó Pié-Rondal, el cura Minaut era paisano vuestro. Un hombre de notable talento: siendo todavía muy joven compuso un Tratado de disciplina eclesiástica, y, lo que es mucho más interesante para mí, emprendió la continuación de la *Historia de la ciudad y diócesis*

de *Auxerre*, á partir de la época en que termina la obra del presbítero Lebeuf. Pues bien, como precisamente me ocupo del mismo asunto, comprenderéis cuánto me interesa recoger las notas y documentos que había él coleccionado. ¿Pero dónde están? He rebuscado inútilmente en los archivos públicos y en las colecciones particulares... y por fin he pensado que el cura Minaut, al huir de Francia, debió confiar lo que más en aprecio tenía, y por consiguiente sus manuscritos, á alguien de su familia—á su hermano quizá—de quien los actuales Minaut serán descendientes. ¿Os parece que esa familia habrá conservado cuidadosamente tal depósito?

Clavé no tenía idea alguna sobre el particular. Sólo sabía que los Minaut pertenecían á una antigua familia, considerada en el país en buena posición, y hasta rica. Por desgracia, Félix Minaut se había entrampado y arruinado en el comercio de ganados, y, teniendo ya sin duda algo trastornada la cabeza, se dedicaba, para rehacer su fortuna, á buscar tesoros en su bodega.

—¿Y quieren que entregue mi hija al hijo de ese hombre? ¡Jamás! gritó Clavé, dando un puñetazo en la mesa.

M. Pié-Rondal se explicaba, después de oír

esto, la amargura de las anteriores frases de su huésped.

—Si él no te ha pedido nunca mi mano, dijo Arsenia mirando fijamente á su padre.

—Porque sabe que no accgería bien su pretensión. No, espera á que estés comprometida hasta el punto de que no pueda yo negarme. ¡No lo esperes! Suceda lo que quiera, jamás consentiré.

La disputa iba á reproducirse; pero M. Pié-Rondal intervino, y los apaciguó lo mejor que pudo. No obstante, Clavé insistía acerca de las imprudencias de su hija.

—Figuráos, dijo, que en el baile nunca baila más que con ese Vicente Minaut.

—Pues bien, dijo resueltamente Arsenia, si esto te disgusta, no volveré al baile.

—¡Bah!... ¿Ni á casa de la Vinette?

—Tampoco. Pasaré la velada aquí con mi madre.

Era esta una sumisión edificante. La señora Clavé abrazó con ternura á su hija, mientras Mr. Pié-Rondal las felicitaba, y Clavé dejaba escapar un gruñido de satisfacción.

Después de cenar M. Pié-Rondal, que estaba cansado, dispuso que le enseñasen su habitación, y en cuanto llegó á ella se acostó.

Durmió mal: las pesquisas á que pensaba dedicarse al día siguiente le preocupaban. A media noche un ruido que se oyó hacia el jardín le despertó. Se levantó, abrió la ventana y á pesar de la oscuridad pudo distinguir un mozo vestido con blusa que huía atravesando el jardín, mientras que, no lejos de aquel lugar, la hermosa Arsenia cerraba discretamente el balcón.

Este descubrimiento que nada tenía que ver con la arqueología, le escandalizó un tanto, y comprendió que una muchacha contrariada en su inclinación no cede en un punto más que para apoyarse en otro.

II

Al día siguiente, por la mañana, M. Pié-Rondal hizo que le indicasen la morada de los Minaut.

Estaba situada en un extremo del pueblo, sobre una ligera eminencia: era de construcción antigua, precedida de un patio grande y rodeada de dependencias casi derruidas. A un lado elevábase un gran palomar, falto de habitantes desde hacía mucho tiempo, pero rematado en lo alto por la inevitable paloma de barro cocido. Aquel conjunto podía haber constituido en otro tiempo una especie de casa solariega; pero se hallaba ya tan degradado, aquellos muros carcomidos y ruinosos mostraban tal incuria y miseria, que la peor casa del pueblo podía pasar

por un palacio comparada con aquella vivienda.

Pié-Rondal divisó, en el interior del patio, á un robusto mozo de veintidos años, ocupado en cargar un carro de estiércol, y creyó reconocer en él al galán de quien había oído hablar la pasada noche.

—Hay quien ha dormido mal esta noche, y cree que vos habéis madrugado mucho.

Turbóse el joven, que era, en efecto, Vicente Minaut.

—¡Cómo, señor! ¿Erais vos? balbuceó.

—Sí; yo era. ¡Vamos! Estad tranquilo; yo nada diré. Pero, ¡caramba! tened más prudencia, porque si Clavé hubiera estado en mi lugar... ¿eh?... no tiene buenas pulgas.

Vicente lo sabía mejor que nadie. Dió las gracias con una expresiva mirada á M. Pié-Rondal, y le invitó á que entrase en la casa.

La habitación donde le introdujo era una vasta cocina, ahumada, alta de techo, y en ella, sentado ante la mesa, un muchacho de catorce años se disponía á atar sus libros para ir á la escuela, mientras su madre, mujer alta, seca y ya rugosa, cuidaba de que cociesen al fuego de sarmientos unos salvados para las aves.

M. Pié-Rondal iba á explicar el objeto de su visita, cuando llamaron su atención unos golpes

que venían de debajo de tierra, como si alguien se dedicase á minar la casa.

Preguntó qué significaba aquello.

—Es mi padre, que trabaja en la bodega, contestó Vicente.

Y mandó á su hermanillo que avisase á Minaut que un señor deseaba verle.

Después de lo que había oído el día anterior, no le costó trabajo á M. Pié-Rondal adivinar de qué trabajo se trataba.

Hízole esto temer un mal recibimiento: los buscadores de tesoros no gustan de ser interrumpidos en sus tareas.

Quedó, pues, agradablemente sorprendido cuando un momento después vió entrar á un hombre de unos cincuenta años, no sombrío y exaltado, como él esperaba, sino tranquilo, de ojos inteligentes y dulces, vaga sonrisa en los labios, y en toda su persona una especie de distinción natural perceptible hasta bajo sus groseros vestidos manchados de tierra.

M. Pié-Rondal, después de disculparse, habló de sus estudios arqueológicos y del cura Minaut, cuyos manuscritos buscaba. Añadió que, habiendo éste nacido en Morelles, debía ser pariente de las personas del mismo apellido que habitaban aún en aquel pueblo.

—Era tío mío, hermano de mi abuelo.

—¡Ah! ¡Perfectamente! Entonces ha debido dejaros papeles...

—En efecto, pero bien pocos quedan... Están á vuestra disposición.

M. Pié-Rondal dió las gracias expresivamente, y añadió:

—Posible es que mis investigaciones puedan servir de ayuda á las que practicábais vos ahora mismo.

—¡Ah! exclamó Minaut, ¿os han hablado de eso?

—Sí, y además, al entrar aquí, he oído cavar en el sótano.

—Era yo. No tengo por qué ocultarlo. Yo sé que por alguna parte en esta casa ha sido enterada una cantidad de consideración por mi abuelo y ese mismo cura Minaut de que hablábais, y me he propuesto descubrirla.

—¡Muy bien! Pero si el cura Minaut fué quien la enterró, debió tomar sus precauciones para que no quedase perdida para su familia; probablemente, dejaría alguna nota, una indicación cualquiera.

—No, señor. Claro es que por esa misma razón no empecé mis trabajos sin haber hojeado antes todos los papeles que hay en la casa.

—¿Y no encontrásteis nada?

—Nada, absolutamente.

—Es extraño. Y sin embargo, ¿estáis seguro de que hay dinero oculto aquí?

—Sí, señor; al menos en cuanto puede uno estarlo de una cosa certificada por persona fidedigna. Sobre todo, juzgad vos mismo si tengo ó no razón.

Minaut invitó á su interlocutor á que se sentara; y después de avivar el fuego, que se extinguía, continuó:

—Hace de esto mucho tiempo; tenía yo doce ó trece años, pero me acuerdo como si hubiera pasado ayer, cuando oí á mi abuela, sentada en el mismo sitio en que estoy yo ahora, decirnos á todos:

«Hijos míos, no vendáis esta casa hasta tanto que hayáis encontrado el dinero que en ella hay escondido, una cantidad considerable, os lo aseguro, y que vale mucho más que la casa misma.» Decía esto por centésima vez, y como mi padre, algo incomodado, le preguntara en qué lugar se hallaba aquel tesoro, ella movió tristemente la cabeza, diciendo: «No debo, no puedo decíroslo; pero aquí hay dinero, estoy segura: buscadlo.»

—¿Vuestra abuela era entonces muy anciana?



—Comprendo. Sí, señor; era anciana, pero conservaba bien sus facultades intelectuales y no chocheaba. Además, si bien no podía determinar el sitio, hablaba de ciertas circunstancias muy verosímiles. En la época de la revolución mi abuelo y el cura Minaut acababan de heredar esta casa y las propiedades á ella anejas, mucho más importantes entonces que actualmente. El cura, perseguido por negarse á prestar el juramento exigido á los sacerdotes, se decidió á emigrar.

Previendo además que la persecución no pararía en esto, persuadió á su hermano á que vendiese la mayor parte de la herencia común.

Realizóse esta venta; ¡imagináos en qué condiciones! Ellos querían metálico y el dinero andaba muy escaso. Sin embargo, se realizó, y el producto, es decir, unos cuarenta mil francos, fué enterrado por los dos hermanos en un lugar de la casa en que nos encontramos; luego, el cura partió.

Las precauciones no eran exageradas. Hermano de un emigrado y conocido él por sus opiniones monárquicas, mi abuelo fué reducido á prisión y sus bienes secuestrados; pero sobrevino la reacción y le pusieron en libertad.

Poco después, á principios del 95, se casó.

Del cura no había noticias, ni nunca se han tenido después. En cuanto á mi abuelo, varias veces discutieron él y su joven esposa acerca del precio de los bienes vendidos, y él le decía que el dinero estaba en *lugar seguro... no lejos de aquí... no en casa del vecino, seguramente.*

Os cito sus expresiones tales como mi abuela nos las refería más de cuarenta años después. Nunca dió más explicaciones, fuera porque temiese una indiscreción involuntaria de su mujer, fuera porque no quisiese disponer de un secreto que no era suyo solamente. ¿Había de prever él lo que ocurrió? Su hermano, cuyo regreso esperaba, no volvió; y él, poco tiempo después, un día que paseaba en coche por el bosque, volcó el carruaje y él cayó debajo de una rueda: le trajeron moribundo á casa, donde espiró sin haber podido pronunciar ni una palabra.

Lo dejo á vuestro juicio: ¿estoy fuera de razón? ¿Se me debe tratar de visionario y loco, como hacen mis convecinos?

—No, contestó M. Pié-Rondal; esos datos me parecen dignos de crédito, y sólo me extraña que hayáis aguardado hasta ahora para comprobarlos.

—¡Ah, señor! Estad seguro de que las excavaciones que actualmente estoy practicando no

son las primeras. Ya mi abuela hizo que arañasen la superficie de esa misma bodega que cavo yo ahora, hasta dos piés de profundidad. Mi padre se dedicó al corral de las ovejas, y yo hace veinte años levanté el piso de los establos y cuadras. ¡Cuánto habremos removido aquí desde hace setenta años! Despechado, acabé por dejarlo, y me dediqué al comercio. Si me hubiera enriquecido, es probable que no hubiese vuelto á hacer nuevas excavaciones; me hubiera limitado á transmitir á mis hijos el enigma que nos atormenta durante tres generaciones. Pero lejos de enriquecerme, he contraído deudas, y... os lo digo en confianza, temo que me expropian mis acreedores. ¿Comprendéis? ¡Ver vender por una mezuquina cantidad esta casa que contiene un tesoro!... Es gran suplicio pensar: «Me bastarían doce ó trece mil francos para salir de apuros, y hay aquí una cantidad doble ó triple, que me pertenece, que está al alcance de mi mano, quizá bajo la piedra de este hogar... ¡Pero no, desgraciado, no la encontrarás; seguirá perdida para tí y para tus hijos, y cualquier extraño será quien se aproveche de ella!»

Minaut estaba muy conmovido, y sus ojos se arrasaron en lágrimas.

—¡Vamos! No os desesperéis, le dijo M. Pié-

Rondal. Enseñadme los papeles del cura Minaut: no sé por qué se me figura que encontraremos en ellos alguna indicación que os será de utilidad.

Levantáronse, y Minaut comenzó á subir, con su interlocutor, una vieja escalera de piedra, de pasales desgastados que conducía al granero.

### III

Llegaron á un cuarto donde Minaut encerraba el grano y que servía al mismo tiempo de desván. En un rincón, frente á la ventana, había un arca grande sin tapa que contenía, confundidos, libros y papeles, y M. Pié-Rondal empezó en seguida á explorarla.

Tuvo el sentimiento de comprobar que no había más que papeles de la familia, escrituras, contratos diversos, viejísimos todos, muy venerables, pero sin el menor valor arqueológico. En cuanto á los libros, unos cincuenta próximamente, por más que hubiesen pertenecido en su mayor parte al cura Minaut, cuyas iniciales tenían, tampoco ofrecían gran interés.

—Ahora, dijo M. Pié-Rondal á Minaut, vamos

á lo que os importa. Habréis examinado ya estos papeles, superficialmente, como acabo de hacerlo yo; eso no basta. El cura Minaut preveía las visitas domiciliarias, los registros, y si dejó aquí algún documento relativo al dinero que acababa de enterrar, debió reservarlo, de tal suerte, que su secreto no quedase á merced del primer advenedizo; por consiguiente, nos falta mirar todo esto escrupulosamente.

Empezaron la tarea. Repasaron papeles y libros con el mayor cuidado, página por página. M. Pié-Rondal llevaba la minuciosidad hasta romper las pastas de algunos libros sospechando que pudieran ocultar alguna nota secreta. Nada encontraron, y despues de dos horas de inútiles investigaciones, abandonaron el granero, despechados y transidos de frío.

Mientras se calentaban en la cocina y M. Pié-Rondal pensaba en si la indicación que buscaban habría sido confiada á un objeto menos perecedero que una hoja de papel, el hijo pequeño de Minaut, Tienni, llegó de la escuela con su paquete de libros, que colocó sobre la mesa, para tomar de manos de su madre un bollo de leche.

Quiso la suerte que los ojos de M. Pié-Rondal se fijasen maquinalmente en el paquete.

De pronto se estremeció, y dirigiéndose apre-

suradamente hacia la mesa, desató la correa, cogió uno de los libros, revestido de un sólido forro de pergamino, y presentándosele á Tienni, le preguntó bruscamente:

—¿De dónde has cogido esto?

Tan sorprendido quedó el chico, que dejó caer el bollo.

—Son mis *Trozos escogidos de lectura*, balbuceó.

—Pero este forro, ¿de dónde lo has sacado?

Tienni confesó llorando que lo había cogido en el granero.

—¡Tunante! exclamó Minaut.

M. Pié-Rondal había echado ya una ojeada al pergamino.

—Está escrito en latín, dijo, y probablemente por el cura Minaut. ¡Veámoslo!

El chico había forrado á conciencia sus *Trozos escogidos de lectura*. Primero había humedecido en agua el pergamino para ponerle flexible, y luego, aplicándole sobre el libro, había replegado los bordes en el interior de la pasta.

En un momento quedó destruído todo su trabajo. Una de las páginas del pergamino contenía un contrato de arrendamiento fechado en 1774, y relativo á un prado que la familia Minaut había vendido en 1842. Por desgracia, esta

página era la que había aplicado Tienni sobre su libro y la que, preservada de todo contacto exterior, conservaba clara y perfectamente legible la escritura del notario. ¿Pero qué importaba aquel contrato sin objeto ya? Lo esencial era descifrar la nota latina escrita en el reverso. ¿Cómo conseguirlo bajo las manchas de tinta y de otras diversas materias acumuladas allí durante dos meses que hacía que andaba el libro en manos del colegial?

Sin embargo, M. Pié-Rondal no desesperó.

El principio de la nota, replegado en el interior del libro, había estado suficientemente preservado; podía leerse. Verdad era que la cuarta línea que había estado precisamente en el filo de la pasta estaba borrada casi por completo, pero las líneas siguientes dejaban entrever algunas sílabas, y, al final, se distinguía aun claramente parte de la firma, J. Min...

—¡Es del cura Minaut! exclamó M. Pié-Rondal. ¡Escuchad! añadió, volviendo de pronto la vista á las primeras líneas de la nota; sí... eso es... *Meos fratrisque mei nummos...* ¡Se trata del tesoro que buscáis!

Minaut y su mujer, así como Vicente, que acababa de entrar, lanzaban exclamaciones de sorpresa y alegría.

M. Pié-Rondal se había inclinado sobre el manuscrito, escrutando con la mirada, raspando con la uña, murmurando sílabas extrañas: Ter... ter... sí, es una r... nat... nat... ¿qué es lo que dice después?

Y toda la familia, con los ojos fijos en él, esperaba ansiosamente, guardando el más profundo silencio.

De pronto, se irguió exclamando:

—¡Ya dí con ello! ¡*Terræ natali*, la tierra natal!... ¡Es aquí en esta casa!

—¡Bien!, dijo Minaut, que apenas respiraba; pero, ¿en qué lugar?

—¡Oh, esperad!... Distingo aquí el principio de una palabra.

Y volvió á su tarea deletreando.

—*Cot... cob...* no, es una l... col..., eso es; pero hay una b más lejos, y en seguida *ari...* ¡Victoria!, exclamó; sí, indudablemente es eso: ¡*columbarium!*

—¿Y qué quiere decir eso? preguntó Minaut.

—¡Ah! Eso quiere decir, amigo, que el dinero que buscáis está en vuestro palomar.

—¡Ya sé lo bastante! exclamó Minaut. ¡Pronto, mi azadón!

Y se dirigió hacia la puerta.

—Esperad un poco, dijo M. Pié-Rondal deteniéndole. El resto de este escrito, si consigo descifrarlo, nos dirá en qué parte del palomar...

—Me es igual. Os repito que ya sé lo bastante. ¡El palomar! ¡Tan bestia he sido que no lo he adivinado! Es el único sitio donde no se han practicado excavaciones. Ahora ya tengo el dinero, y, añadió alargándole la mano, haya poco ó mucho, la mitad os pertenece.

—¡Oh! De ningún modo, no puedo aceptarlo.

—¡Bueno! Eso ya lo veremos. Mientras tanto, acabad de descifrar ese enigma; me parece muy bien, pero lo que me habéis dicho me basta. ¡A la tarea!

Y salió dirigiéndose á la bodega á recoger sus herramientas.

Dos minutos después llegaba al palomar y le acometía vigorosamente.

## IV

M. Pié-Rondal se apoyó sobre la mesa y púsose á estudiar de nuevo y con ardor el pergamino.

Después de tres horas de lavatorios, raspaduras y laboriosos esfuerzos, logró descifrar una parte de la nota escrita por el cura Minaut, y, terminado este importante trabajo, tradujo la nota como sigue:

«Víctima de la persecución, y á punto de abandonar mi querida y desgraciada patria, confío el dinero de mi hermano y el mío á la tierra natal... *columbarium* (palomar). . . .

. . . . .  
 . . . . .  
 con la esperanza de que será hallado algún